

# NUESTROS COLABORADORES



Entre los sevillanos que imponen la norma y el equilibrio estético desde Madrid, figura Eduardo Lloent y Marañón, escritor, poeta, crítico de arte y de literatura y fundador de revistas literarias, como la vieja «Mediodía» y la más reciente «Santo y Seca». Pero sobre todo lo dicho, L. L. y M. es para la España de hoy el director del Museo Nacional de Arte Moderno, de Madrid, desde 1939,

en el que ha dado acogida a las tendencias más nuevas del arte contemporáneo y al que ha impreso una vida ágil y eficaz con la organización de frecuentes exposiciones monográficas, algunas de tanta importancia como la de «Retratos ejemplares», montada con motivo del centenario del nacimiento de Goya. L. L. y M. viene, empero, a estas páginas, como articulista agudo en quien se identifica su raíz sevillana.

Las ocurrencias, el garbo y la poesía de Solero son sobradamente celebradas en España y fuera de España. Si Luis Pérez Solero—hoy jefe del departamento técnico de propaganda de la Casa González Byass—goza de fama de hombre certero, de los que dan siempre en la diana, la popularidad habrá que cargarla tanto a su visión publicitaria cuanto a su pluma de escritor. De todos modos, más que su ingenio, que todo el mundo conoce, extraña su quid geográfico, no tan sabido, por cuanto L. P. S., que parece jerezano por los cuatro costados—o de cepa—, entre otras cosas por tenernos siempre en candelero al vino de Jerez, nació en Burgos (1894). Entre el Solero y la solera, o entre el Burgos y el «sherry», la polifaceta de esta institución—él es allá una institución—es netamente andaluza.



El sevillanismo de Manuel Diez Crespo viene de la d'orsiana Ecija al sol, Venecia en luna llena, como los siete niños del romance. En Ecija nació en 1910, para licenciarse en Derecho en Sevilla y cursar luego (1935) en Francia e Italia. Durante diez años (1940-1950), Diez Crespo ha llevado el pulso a la escena española como crítico teatral del diario «Arriba», de Madrid, al tiempo que su pluma se aplicaba a otros temas literarios y, concretamente, nos daba ensayos sobre teatro clásico y moderno. El primer libro de poesías de Manuel Diez Crespo—«La voz anunciada»—apareció en 1941. Y diez años después, en estas semanas, en las librerías acaba de aparecer «Memorias y deseos», extenso libro de poemas inéditos. D. C., el ecijano, firma aquí las páginas sobre la «Ciudad de los Artistas».

parece ser que el autor de «El aura de Sevilla», Mariano Rodríguez de Torres, tiene una sola obsesión: la vida apacible en el campo andaluz, con la paz y la gracia de Dios, si quiera don Mariano hubo de dejar el ámbito rural, en 1936, al son de la guerra, para irse con las vanguardias, primero, y atender después a la Cámara Agrícola de Sevilla (1936), la Delegación Nacional de Agricultura (1937), la Dirección General de Ganadería y el Sindicato del mismo ramo (1938)... Hasta 1945, en que volvió, nos dice, al campo y al hogar. Este hombre de La Algaba—casi un barrio de Sevilla—, que habla de que «entre col y col, lo que va al confesionario», sumido en su linde agrícola y regional ha procurado desentrañar o explicarse, con su pluma, el quid andaluz, desde la poesía a los toros, sin olvidar las preocupaciones sociales.



De beca en beca, el pintor Francisco Maireles ha caminado ya por toda España, más París y Roma. Sevillano de Gilena (donde nació en 1925), tras cursar en la Escuela Superior de Bellas Artes, de Sevilla, ganó en 1945 el Premio Ibarra, más la primera de sus numerosas pensiones de la del Paular, para paisajistas, que volvió a conquistar en 1946. En el interín expuso en Madrid, Sevilla y Tetuán, y en 1947 alcanzó otras dos becas: la «Murillo», de la Diputación de Sevilla, y una del Instituto Francés, que le llevó a París. La de «Murillo» volvió a ganarla en 1948, junto con otra para viajar por Italia. De beca en beca—como de oca en oca, puesto que le vale reincidir—y con premio de dibujo para grabado, de la citada Diputación, F. M. se ha mostrado como figura destacada de la joven pintura sevillana.



«Selipe», el señor «Selipe», gracias a la legítima paternidad, revive desde que en 1929 comenzó a hacer crítica taurina en el «Noticiero Sevillano». El garbo y el fuste de las crónicas con aquella rúbrica aparecen hoy, desde 1945, en la revista «Semana», de Madrid, en tanto el heredero forzoso de la propiedad paterna—o sea, José María del Rey Caballero—ejerce en Madrid su profesión de abogado y escritor. J. M. del R. C., marino y licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho, estudió en París cursos de Arte y, en la Universidad de Ginebra, de Ciencias Internacionales (1923); fué encargado de cátedra de Economía Política y Hacienda Pública, en Sevilla, rector-jefe del «Correo de Andalucía», director del diario «FE» (1938); delegado nacional de Provincias, etc. Ha publicado varios libros—ensayo, poesía, etcétera—.



Luis Ortiz Muñoz es uno de los hombres que ha calado más hondo en las claves de lo sevillano, sobre todo en el tema de la Semana Santa. Nació en la capital andaluza (1905), catedrático primero de Latín y, después, de Griego; director del Instituto Ramiro de Maeztu, de Madrid; secretario general, por oposición, del Consejo Nacional de Educación; director general de Enseñanza Media y Subsecretario de Educación Popular, L. O. fué, en 1927, editorialista de «El Debate» y está en posesión de ininidad de condecoraciones nacionales y extranjeras que premiaron su intensa actividad educacional y política y su capacidad organizadora. En 1943 ganó el Premio Nacional «Francisco Franco», del C. S. I. C., y es autor de la edición crítica de la Gramática de Nebrija, y de numerosos libros científicos, políticos y literarios.



Sevillano, nacido en Villaverde del Río (1890), Santiago Martínez Martín es uno de los primeros pintores andaluces contemporáneos. Si García Ramos, Bilbao y Sorolla fueron sus maestros, las pensiones ganadas por oposición le permitieron vivir, estudiar y pintar en París, Londres, Brujas, Amberes, Milán, Venecia, Roma, Nápoles y Génova. Y si ganó una Segunda Medalla en la Nacional de Madrid (1920) y la Primera de la Nacional de Huelva (1918), entre otras, el Instituto Carnegie, de Pittsburgh, le invitó a tres de sus exposiciones, amén de haberle invitado asimismo la Bienal de Venecia y la Internacional de Barcelona. Académico de la Real de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, y profesor, por oposición, de la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, de la citada capital.



Sevillano, nacido en Villaverde del Río (1890), Santiago Martínez Martín es uno de los primeros pintores andaluces contemporáneos. Si García Ramos, Bilbao y Sorolla fueron sus maestros, las pensiones ganadas por oposición le permitieron vivir, estudiar y pintar en París, Londres, Brujas, Amberes, Milán, Venecia, Roma, Nápoles y Génova. Y si ganó una Segunda Medalla en la Nacional de Madrid (1920) y la Primera de la Nacional de Huelva (1918), entre otras, el Instituto Carnegie, de Pittsburgh, le invitó a tres de sus exposiciones, amén de haberle invitado asimismo la Bienal de Venecia y la Internacional de Barcelona. Académico de la Real de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, y profesor, por oposición, de la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes, de la citada capital.



# heráldica hispanoamericana

## LA NOBLEZA SEVILLANA EN LA REAL ARMADA DEL XVIII y XIX

Por DALMIRO DE LA VALGOMA Y DIAZ-VARELA



Ciertamente que resultaría imposible empresa la de encuadrar en esta sección, dedicada a heráldicas y linajes hispanoamericanos, del número que MVNDO HISPANICO hoy consagra a Sevilla, todo el copioso plantel de caballeros sevillanos—nacidos en la misma capital—que a lo largo de una extensa centuria pertenecieron a las Reales Compañías de Guardias Marinas, desde su fundación, allá en Cádiz y 1717, o a sus posteriores hermanas de El Ferrol y Cartagena.

Porque a semejantes filas, nutridas del mejor mocerío de España, acudió un número altísimo de jóvenes que vieran la primera luz en aquella ciudad, sin duda en proporción superior a la de otros concejos de nuestra patria, asimismo contribuyentes a la flamante vigencia de dichas Compañías. Con el aliento, Sevilla, de magnas empresas navales, soplando como en augurio de vocaciones y aciertos sobre la cuna de estos hidalgos suyos de que se escribe aquí. En tales circunstancias, componíanse frecuentemente las exigidas probanzas de ingreso de legitimidad, hidalguía y limpieza de sangre, con muy notorios actos positivos, cuales eran hábitos de Ordenes militares—de Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa y San Juan de Jerusalén; la Cruz de Carlos III—entonces nobiliaria—, o la prestigiosa ventera de la Real Maestranza local, así como veinticuatrias y devoluciones de la «blanca de la carne», o ejecutorias de la Real Chancillería de Granada, cuyas calificaciones todas cobraban muchas veces la mayor prestancia de unirse a Títulos de Castilla, con eco—y motivación—, más de uno, en antiguos fastos y en nóminas de la Armada de Su Majestad.

Distán, pues, de ser las actuales notas un índice de aquellos juveniles caballeros. Se limitan a ordenar sobre el oculto entramado de la mejor documentación, y en prenda de cuanto se indica respecto a la calidad y número de tal alumnado, algunas citas—no atemperadas a razón ninguna cronológica, ni de rangos—de esas

hidalgas falanges de guardiamarinas, sólo aludidas aquí en sus estrictos nombres de Sevilla. En ellas, ya en seguida—primeras promociones—, D. Gabriel González de Aguilar y de Nava-Grimón, vástago del Marqués de Campoverde y materno nieto del Marqués de Villanueva del Prado, caballero de Calatrava y señor de la Aldea de San Nicolás. O D. Tomás de Torres y Ponce de León. Su padre, el Conde de Miraflores de los Angeles, Regidor y Alcalde noble de Coria y Rinconada, y Familiar de la Santa Inquisición; y el abuelo paterno—otro del Título—, veinticuatro de Sevilla, poseyendo el materno el Señorío de Castilleja del Campo y la dignidad marquesal de esta denominación.

De su misma promoción, D. Fernando de Hermosa y Zúñiga, muy niño ya con hábito de Santiago, a cuya Orden perteneció también su progenitor, el Teniente General D. Ginés de Hermosa, siendo su abuelo materno, D. Juan de Zúñiga, dueño del Señorío de Autillo de Campos.

Y D. Rafael Díez de Bulnes y González del Castillo, cuyas pruebas de acceso a la Real Compañía se califican con el rojo «lagarto» de su hermano D. Manuel, Ingeniero de la propia Armada de Su Majestad. También, D. Francisco de Velasco y Rodríguez de Arenzana, hijo del calatravo D. Mateo, y materno nieto de D. Juan José R. de Arenzana, Alcalde noble de Zafra.

Ahí, D. José Tous de Monsalve y Cavaleri, vástago del Capitán Marqués de Tous y de la Cueva del Rey, caballero de la Real Maestranza de Sevilla y del hábito de Calatrava, cuya cruz ostentó igualmente el progenitor de éste, D. Alonso, Alcaide del castillo de Triana, hijo a su vez de D. Lope, santiaguista, Alguacil Mayor de Sevilla y Gentilhombre del Rey, nuestro señor.

Con su bautismo en Sevilla, siguen D. Manuel María y D. José María de Espinosa y Tello de Guzmán, caballeros de Santiago y de la Orden de Carlos III, respectivamente, ambos hijos del segundo Conde del Aguila, santiaguista, y de su consorte, la Marquesa de Paradás y de la Saucedá.

En idénticas circunstancias de cuna y probanza, los Maestre Fuentes, D. Luis Antonio, Don Miguel, sanjuanista, y D. Ignacio, a quien, como a sus ascendientes en otros años, se devuelve la «blanca de la carne» en 1740; y todos tres hermanos del calatravo D. Juan Antonio.

Y D. Antonio Hurtado de Mendoza, vástago del Marqués de Villamagna y de Gelo, y de su esposa, D.<sup>a</sup> Estefanía de Baena, hija del caballero de Calatrava D. Salvador de Baena, veinticuatro de Sevilla.

De la propia ciudad del Betis, D. Francisco de Paula Melgarejo y Montes de Oca, hijo del entonces Capitán de fragata D. Antonio Melgarejo, caballero de Calatrava y de la Real Maestranza local y nieto materno de D. Antonio Montes de Oca, Alcalde por los hijosdalgo de este Concejo mismo.

O D. Francisco Sergeant y Mendivil, cuyo progenitor, D. Felipe Sergeant, Marqués de Monteflorido, era Alcalde Noble de Castilleja de la Cuesta, y su madre, D.<sup>a</sup> Vicenta Mendivil, hija de D. Tomás, caballero del hábito del Apóstol.

Y D. Gaspar García de Castro, hermano de D. Adrián, de la Orden de Carlos III, siendo Teniente de navío; esta nobiliaria Institución con un determinado número de cruces—sea dicho al pasar—reservado para individuos de la Real Armada por el propio Monarca fundador, cuyos amores hacia ésta son históricamente conocidos.

Inscribíense asimismo ahí D. Joaquín Valdés y Flórez, hermano del caballero de San Juan o de Orda, D. Cayetano, a su vez—es sabido—marino de guerra y de D. José, que perteneció a la Orden de Santiago.

Los hermanos D. Ildelfonso y D. José de Torres y Guerra, son guardiamarinas también de la misma época. El primero, con hábito de Calatrava, y ambos nietos de D. Francisco de Torres, veinticuatro de Sevilla, y de D. Alonso Guerra Salvatierra, Capitán de fragata de la Real Armada.

Viene, igualmente, a las ilustres Compañías citadas, D. Martín de Medina Salvatierra, hijo del Marqués de Buenavista, Capitán de Caballos, de muerte castrense en el sitio de Gibraltar. Y D. Pedro Pineda y de la Torre, del hábito de Santiago, vástago del veinticuatro de Sevilla D. Pedro de Pineda Venegas de Córdoba y nieto de D. Juan, otro veinticuatro...

Y los Conique de la Rocha, los Tobar Martínez de Velasco, y los Osorio y los Vargas-Machuca; los Ramírez de Arellano Portocarrero, los Araoz y los Bilbao. Y D. Bernardo Gil de Ledesma, de padre calatravo. También los Estrada—del Marqués de Casa Estrada y del